



Paulina

Ana María
Matute



DESTINO

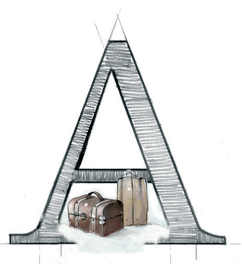
Paulina

Ana
María
Matute

Ilustraciones de
Albert Asensio

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1276

CAMINO DE LAS MONTAÑAS



cababa de cumplir diez años cuando me llevaron con los abuelos a la casa de las montañas. Primero hicimos un viaje muy largo, que duró cerca de tres días. Tuvimos que coger dos trenes, y al final (después de tomar café con leche en un bar al lado de la estación, de madrugada, con un frío muy grande), llegó el autocar, pintado de azul, que llevaba a las montañas. Desde luego, fue un viaje larguísimo. A veces sentía un poco de cansancio, pero en general me gustó. Porque a

mí me gustan mucho los trenes y, aunque parezca mentira, los túneles. Dormir en el tren, despertarte a medianoche, y oír el trac-trac, y sentir el balanceo, y pensar: «Estoy viajando, voy a través de campos, quizá de bosques, voy por entre boquetes de rocas, y debe de hacer mucho frío y mucho miedo ahí fuera, tan de noche, icualquiera está ahí en el campo! Y yo, en cambio, aquí metidita, durmiendo. Con sólo levantar la cortina de cuero de la ventanilla, vería todo ese miedo. Pero voy aquí, arropada y durmiendo». Eso me da cosquillitas frías por el espinazo, de ésas tan agradables. Pues, como iba diciendo, subimos al autocar que llevaba a las montañas, a eso de las cinco de la mañana.

¿Nunca habéis visto una ciudad a las cinco de la mañana? Resulta algo rara, la verdad.

Por lo menos en invierno, cuando yo la vi. Todas las tiendas tenían el cierre echado, el parque estaba cerrado y los troncos de los árboles aparecían casi negros. Las pisadas sonaban en la acera, chop, chop, y aunque no llovía, no sé qué había en el aire, y, en los ruidos, que lo parecía. Además, una cosa rara: la luna estaba allí, en el cielo, y el cielo en cambio tenía una luz, que sin ser de día, no era de noche. Y estaban encendidos todos los faroles. Como aquella ciudad era una ciudad vieja, del norte de España, los faroles aún eran de gas, y se oía al pasar debajo de ellos un silbido pequeño, que me gustaba bastante.

El autocar era más nuevo por fuera que por dentro. A lo mejor es que le habían dado una mano de pintura. Pero los asientos estaban

desvencijados, forrados de hule marrón, bastante sucios y rozados. Como no había mucha gente, nos pusimos al lado de la ventanilla, y cerquita del conductor, para ver bien cómo manejaba aquello. A mí me gusta mucho ponerme cerca del chófer, y ver qué tal lo hace.

Cuando arrancamos, empezaron a retemblar los cristales de las ventanillas. Daba risa, pensando que era como si el autocar tuviera frío y le castañetearan los dientes. Yo también tenía frío y metí las manos en los bolsillos. Pero las piernas y los pies los tenía helados, y como llenos de sifón por dentro, dando pinchacitos.

—No te pongas de rodillas en el asiento
—me dijo entonces Susana.

Bueno, aún no he hablado de Susana. Todo

lo del viaje hubiera estado muy bien si no fuera por Susana.

Todo el mundo decía que Susana era una bonísima persona. Susana era muy limpia, muy madrugadora, muy trabajadora, muy alta, muy fuerte. Todo de todo. Pero Susana era para mí como una pared. No entendía nada de lo que yo le decía, no comprendía nada de lo que a mí me gustaba, ni se hacía cargo de cuando yo no podía hacer lo que ella quería. Susana no tenía ni oídos ni ojos, nada más que para oír y ver lo malo. Por lo demás, ya lo he dicho: como una pared.

—¡Susana, ya están bien regastados estos asientos!... Y así me caliento las piernas y veo la carretera —dije, poniendo voz de sueño, para que me hiciera más caso.

—Siéntate como es debido —me dijo.

La voz de Susana era como una lima. ¿No habéis oído nunca limar un trozo de hierro? Pues así.

Como no tengo padres, desde que era muy pequeña —tanto que no me acuerdo de ellos—, sé que he vivido siempre con Susana, porque Susana era prima hermana de mi padre, y la única persona de mi familia que vivía en la ciudad. Creo que de muy, muy pequeña, ya estuve al principio en las montañas, con los abuelos. Pero no tengo más que un recuerdo muy pequeño, como de una casita que se ve de lejos. Luego fui con Susana a la ciudad, porque todos los niños tienen que ir al colegio y estudiar, y en las montañas dicen que no hay colegios. Como los abuelos eran muy viejos, me

cuidaba Susana. Todo iba así de corriente, sin nada de particular, hasta que me puse enferma, hace más de un año. Luego me cortaron el pelo, me pude levantar, pasear un poco y ponerme del todo bien. Pero dijeron que en las montañas me pondría mucho mejor. Lo que más me gustó fue que Susana se volvería a la ciudad y me dejaría sola en casa de los abuelos. Al abuelo sí que le conocía, porque alguna vez había ido a verme al colegio. Un par de veces, creo yo, pero me acordaba muy bien de él. Era alto, vestido de negro, y tenía las manos muy grandes. Su anillo de boda casi me hubiera servido de pulsera, y era muy poco hablador, pero a su lado se estaba bien. Las veces que vino, me llevó a merendar y al parque, porque había árboles. Al cine no, porque decía

que no le gustaba. A la abuela no la conocía más que por fotografía, como a papá y a mamá. O, por lo menos, no me acordaba de ella.

Levantando bien la cabeza, acercándola a la ventanilla, alcanzaba a ver la luna. Estaba bastante baja para mis diez años. Ahora ya he cumplido los trece, y soy muy diferente. Porque para eso me llevaron a las montañas. En el tiempo en que estuve enferma —creo que más de un año—, para mí todo era bastante confuso, lo recordaba muy poco, y como a saltos, a trozos sueltos. Luego fue cuando me cortaron el pelo al rape. Cuando el viaje, ya me empezaba a crecer, aunque muy poquito, y muy tieso. De vez en cuando me gustaba pasarme la mano por la cabeza, porque el pelo que nacía era muy finito y me hacía cosquillas en la pal-

ma de la mano. Cuando me miraba al espejo, me encontraba muy rara. Parecía un niño, aunque no del todo, porque no me habían quitado los pendientes, unos aritos muy pequeños de oro, que me pusieron, dice Susana, en cuanto nací. A mí no me gustan los pendientes. Leí en un libro que los salvajes se agujerean las narices y las orejas, para ponerse esas cosas. ¿Por qué nos harán lo mismo a las niñas? Ahora me estoy volviendo morena, pero entonces aún me crecía el pelo rubiancho, así como color avellana, que no me gustaba nada.

Como decía, iba mirando la luna. ¡Qué cosa tan rara! Cuando la luna iba pasando por encima de las montañas, era como un balón que rebotaba de pico en pico. Así me lo parecía en-

tonces, aunque comprendía que éramos nosotros los que nos movíamos y no ella. Pues parecía eso mismo: que fuera persiguiéndonos por el cielo, y dando botes, igual que una pelota de goma. A medida que íbamos avanzando, las montañas se acercaban más a la carretera. Primero pasábamos por muchos campos que tenían color de frío, y los árboles de la carretera, y los de allá lejos, estaban sin hojas, con todos los brazos levantados, negros, como gritándonos cosas por haberles despertado. Empezamos a pasar pueblos. Estaban aún como la ciudad de los faroles de gas: solitarios y en silencio, con sus ventanitas pequeñujas bien cerradas. Las casas eran de piedra y de madera, pero a la luz del amanecer tenían todas un colorcillo como azul. Pensé que las pintaría en

mi cuaderno, con mi caja de lápices de colores, en cuanto llegara a la casa de los abuelos. Los pueblos que pasábamos de cerca ni parecían pueblos: eran sólo como una calle vieja y pequeña. Los que parecían pueblos, y bien pueblos, como los que pintan en los libros de cuentos, y en los cuadros, eran los que veíamos lejos, más allá de los campos, o al pie de las montañas. Chiquitines, daban ganas de ir cogiendo las casitas de una a una para mirarlas de cerca, en la palma de la mano. Y meter el dedo por las ventanitas y las puertas. (A lo mejor cabía un trocito del meñique y tocaba las mesitas y las sillas, y la cocinita y todo. ¡Qué gracia! ¡Menudo susto se hubieran dado los que dormían dentro, en sus camas pequeñas!)

Iba pensando en estas bobadas, cuando Susana sacó de la bolsa de cuadros una pastilla de chocolate y tres galletas.

—Toma —me dijo—. Come y estate quieta. ¡Me estás dando con los pies en las piernas, y me vas a romper las medias!

No tenía mucha gana a aquella hora. Pero empecé a mordisquear el chocolate, porque Susana me hubiera obligado, de todos modos. Después fui apoyándome, casi sin querer, en el hombro de Susana. Me acuerdo muy bien de que olía la lana áspera de su abrigo. ¡Qué duro era el hombro de Susana! Luego, casi sin darme cuenta, creo que me dormí. Y cuando me desperté, era completamente de día.

EN CASA DE LOS ABUELOS

Ya nunca, nunca, aunque viva años y años y sea más vieja que nadie, se me olvidará la casa de las montañas. Si se me olvidó una vez, es porque me llevaron de allí tan pequeña que apenas me quedaba el recuerdo del prado y los nogales, y de una nubecita gris que se marchaba, como un barco un poco raro, cielo arriba. Ahora no. Ahora no. Y por eso estoy escribiendo todo esto, porque dentro de muy poco tiempo, o quizá ya, en este momento, no seré nunca más una niña.

Había nevado hacía dos días, y el borde de

la carretera estaba blanco a trozos, y a trozos, cubierto de barro. En la cuneta había hielo, gris y brillante. Dándole con el talón, sin que se diera cuenta Susana, que en todo tenía que meterse, el hielo se rompía como si fuera de cristal. ¡Daba un gusto! Bajamos del autocar, enfrente justo de la casa de los abuelos.

Pero la casa de los abuelos no estaba, ni mucho menos, al borde de la carretera. Estaba allí, al otro lado del río, al fondo del prado, y al pie mismo de las montañas. Justo allí, al pie del barranco, entre dos rocas grandísimas, como dos castillos. La casa de los abuelos era muy parecida a la casa que yo dibujo siempre. Apostaría cualquier cosa a que se parece también a la casa que dibuja cualquiera de vosotros. En fin, una casa como debían ser las ca-

sas, a no ser que sean castillos. Y los castillos ya no se usan para vivir.

Había un caminito que bajaba desde el borde de la carretera hasta el río. El río lo cruzaba un puentecito de madera. Me gustó mucho bajar por el caminillo, a pesar de que Susana refunfuñaba porque no estaba nadie esperándonos y teníamos que cargar con las dos maletas y la bolsa. Bueno, la verdad es que ella llevaba las maletas y yo sólo la bolsa.

—Cuidado, cuidado —decía Susana, con voz de respirar muy deprisa—. Cuidado, que resbala...

Sí que era verdad, que resbalaba mucho. Pero por eso precisamente me gustaba tanto bajar por él. Tenía forma de S (zig zag), porque la bajada era muy empinada. Cuando lle-

gamos al puentecillo, era tan fuerte el ruido del río que no se oía nada más. Cerré los ojos para oírlo mejor. Me parecía que había soñado, o que había oído antes, hacía mucho tiempo, el ruido de la corriente del agua. El agua venía muy sucia, de un color rojo oscuro, como yo no había visto nunca el río. Claro que yo no había visto un río de cerca desde hacía mucho tiempo. (O quizá sólo lo había visto en las láminas del libro de geografía, o en el cine. La verdad es ésa.)

El sol brillaba muy poco, como si tuviera frío o sueño, y se escondía entre las nubes, como yo entre las sábanas cuando me despertaba la campana del colegio y me hacía la remolona. En aquel momento, al otro lado del río, al final de la escalerilla de piedras, en la

angarilla del prado, asomó un hombre que llevaba una boina negra y un chaquetón.

—¡Lorenzo! —le gritó Susana—. ¡Lorenzo!

Lorenzo bajó despacito. Era muy serio y no tenía nada de prisa, al contrario de Susana, que había dejado las maletas en el suelo y se frotaba las manos. Lorenzo cruzó el puentecillo y cuando estuvo a nuestro lado se quitó la boina y se la puso.

—Bienvenidas —dijo.

Cogió las dos maletas y echó a andar. Susana me cogió de la mano, y le seguimos.

El prado estaba mojado y lleno de barro. A lo lejos aún se veían manchas blancas, de nieve. Los nogales estaban desnudos, con grandes ramas levantadas, brillando debajo del cielo. Allí enfrente, alta, sobre la terraza, esta-

ba la casa. Las paredes eran lo mismo que trozos de turrón de Alicante. La casa cuadrada, las ventanas cuadradas, un balcón muy largo y el tejado encarnado, con su chimenea echando humo y todo. Igual, igual que las de mis cuadernos. Sólo que las ventanas tenían todas un color azul oscuro, como si dentro hubieran puesto trocitos de papel brillante, de ese que a veces envuelve los regalos de Navidad. ¡Y cuántos árboles había alrededor de la casa! Qué sé yo cuántos árboles. Enseguida se veían, y llenaban de alegría, aunque no tuvieran hojas. Por encima de las montañas pasaba el cielo, con todas sus nubes, que aquella mañana tenía un color gris claro (pero no daba ninguna tristeza, porque brillaba mucho, como si fuera de aluminio). La tierra olía muy bien, de

ese modo especial que huele la tierra cuando está mojada. Entonces noté que tenía bastante apetito, que se me despertó de pronto, sin saber cómo, y eso me puso muy contenta. Me pareció que el humo que salía de la chimenea, blanco como una nube, olía a café y a pan con mantequilla.

Pero claro que eso sólo me lo parecía, porque el humo sólo huele a humo, y nada más.

Subimos por un caminito muy empinado, que bordeaba el huerto, lleno de árboles. Al pasar, Lorenzo señaló y dijo:

—Ciruelas, peras, manzanas. ¡Ya verás, así que asome la fruta, cómo te pones!

—Se guardará mucho —dijo Susana—. Supongo que la vigilarán bien, porque es bastante desmandada.

Lorenzo miró a Susana despacito, y no dijo nada. A mí me pareció que de pronto se me quitaba el apetito.

La terraza estaba cubierta de piedrecillas mojadas, y en los bordes brillaba la escarcha. Por la barandilla de la terraza asomaban las copas desnudas de los árboles del prado. A mí me pareció que se asomaban para mirarme y curiosear. Yo sabía que los árboles vivían, porque lo había leído, y aunque no lo leyera, era igual, porque a la vista estaba. Por eso decía Susana que yo era una mentirosa, y me hacía copiar sesenta veces en el cuaderno: «No volveré a decir mentiras». Pero yo estoy segura de que no mentía nunca. O casi nunca.

En medio de la terraza había una mesa muy extraña. Parecía como una seta enorme, de

piedra, con la cabeza plana. Me acerqué corriendo y la palmoteé. Estaba mojada, y noté la humedad en las manos, a pesar de los guantes de lana.

—¡Quieta! —dijo Susana—. ¡No empieces ya a alborotar!

—Déjela, señorita Susana —dijo Lorenzo—. A todos les llama la atención la mesa.

Se volvió a mí y me dijo:

—No es una mesa como todas... ¿A que no sabes tú con qué está hecha?

—No lo sé —dije.

Y tenía ganas de reírme, sin saber por qué.

—Con una rueda de molino —me dijo—. ¿Ves? Está agujereada en el centro. Una rueda de molino sobre una columna de piedra. Cuando llegue el verano, desayunarás aquí. ¡Y que

no te pondrás poco guapa! Estos aires son buenos. ¡Ya verás a todos los chicos de la aldea...!

—¿Dónde está la aldea? —le pregunté.

Lorenzo señaló con un movimiento de la barbilla allá lejos, hacia la carretera adelante, que se perdía entre las montañas.

—Allá —dijo—. A un kilómetro y pico.

—Tú no tienes que ir a la aldea para nada —dijo Susana—. Es decir, solamente a la misa, los domingos y fiestas de guardar.

Sentí un poco de tristeza, pero enseguida se me pasó. Entramos en la casa y Lorenzo dejó las maletas en el suelo.

¡Qué cosa tan extraña! De pronto, como de golpe, me di cuenta de que me acordaba muy bien de todo aquello que veía. Me volví a Susana y le dije:

—¡Me acuerdo muy bien de esto, Susana!
¡Me acuerdo muy bien...! Mira las arcas, al
lado de la pared, los bancos de madera, el faro-
lito, la puerta grande...

—Embustera —dijo Susana—. Cuando te
fuiste no tenías ni cuatro años. No empieces a
mentir tan pronto.

—No miento, Susana, te lo aseguro. Me
acuerdo muy bien. Y de la escalera, que está
ahí, al lado...

—Ven aquí —dijo Susana.

Y se sonrió un poquito. ¡Si supiera cuánto
ganaba cuando se reía, lo haría más a menu-
do! Casi parecía otra. Eso también lo dijo el
abuelo, una vez. Yo lo oí.

—Arriba las está el señor esperando —dijo
Lorenzo—. La señora aún no está levantada.

En aquel momento el reloj de la esquina, que era alto y estrecho, de los llamados de carrillón, empezó a tintinear una cancioncilla. Luego conté hasta nueve campanadas.

—¡Las nueve! —dije.

—Ya lo hemos oído —contestó Susana.

Subía delante de mí la escalera, y vi que tenía el abrigo bastante arrugado. Era un abrigo grande y peludo, que a mí no me gustaba nada. Ni tampoco me gustaba el abrigo que yo llevaba, ni ninguno de los vestidos que ella me compraba. Ninguna de las niñas del colegio, los días que salían a sus casas, llevaban vestidos parecidos a los míos. Yo no sabría explicar cómo eran, pero eran diferentes. Con mi pelo rapado y mi abrigo marrón, me parece que estaba horrible. Siempre me habían dicho que

era fea. También lo había oído decir a las niñas del colegio, y hasta una vez a una de las profesoras. Me acuerdo de que era para la fiesta de fin de curso, que íbamos a hacer una representación del Nacimiento de Jesús, con los pastores y todo. Todas las niñas querían ser el ángel, o la Virgen. Yo también. Pero nunca me elegían. Y ese día, yo oí cómo decía una de las profesoras: «Esta pobre, con esa carita de...». No sé de qué dijo que tenía cara. Pero era algo feo, eso seguro. Esas cosas se saben siempre. Se notan. Que lo dijeran las niñas no me hacía daño. Pero que lo dijera una persona mayor sí me dolía. Tuve ganas de llorar, y como si me apretara mucho la garganta. Luego se me pasó, y ya casi no me importaba. Pero era mejor que no me viera mucha gente,

y por eso me gustaba esconderme para jugar, debajo de la escalera, o en el rincón más oscuro. Yo me inventaba todos mis juegos, y sobre todo leía. Así lo pasaba bien, pero que muy bien. Además, si corría o jugaba a la pelota, me cansaba enseguida.

En la sala estaba el abuelo, y corrí a abrazarle, porque ya le conocía. Me gustaba mucho conocerle, encontrar a alguien que ya había visto antes. El abuelo estaba sentado al lado de una mesa camilla con faldas, junto al balcón. Debajo de las faldas de la mesa había un brasero de color dorado, la mar de bonito. También había una chimenea, pero la leña estaba apilada, aún sin encender. En la sala, que era muy grande, había montones de cosas. Muchos cuadros y fotografías, y mesitas, sillo-

nes, lámparas y sillas. El suelo era de madera y hacía cric-cric al pisarlo. Le habían dado cera y brillaba, resbalaba y olía muy bien. El olor de la madera y el olor del periódico, por la mañana, me gustaron muchísimo.

Y de tantos abrazos que le di al abuelo, le arrugué todo el periódico que estaba leyendo.

—¡Loca, loca! —decía Susana—. Esta niña está loca.

El abuelo no se enfadó. Me dio un beso y nos preguntó qué tal había ido el viaje.

—Fatal —dijo Susana.

Eso de «fatal», lo decía siempre que una cosa no le gustaba. (Cuando salíamos del cine, si le preguntaba alguien qué tal era la película, decía: «Fatal». Si le preguntaban qué tal me portaba yo, o qué notas sacaba en el colegio:

«Fatal».) Yo no sabía qué quería decir con esa palabra, pero lo seguro es que resultaba siempre una cosa: «Malo, malo, malo».

—Vaya —dijo el abuelo—. No será tanto. Cuando era más joven, hasta me gustaba ese viaje.

—A mí también —dije—. A mí me ha gustado.

—A ti nadie te pregunta —dijo Susana, que de repente se ponía rabiosa, sin saberse por qué.

—Bueno, id a lavaros y a descansar —dijo el abuelo—. María os acompañará.

María había entrado sin que la viéramos. Era más alta aún que Susana, pero más vieja. Llevaba un delantal blanco, muy tieso, que crujía. Me cogió de la mano, y la suya era muy

áspera, casi como la de un hombre. Levanté la cabeza para mirarla y me sonrió. Luego me preparó el baño, abrió mi cama, sin descorrer las cortinas del balcón. Cuando salí del baño, me ayudó a trepar hasta la cama, que era muy alta.

—Duerme —me dijo. Tenía una voz ronca, muy bonita—. Duerme.

Despacito, arregló mi ropa. Al abrir el armario, la puerta hizo icruuuuu! Todo estaba en sombra, y sólo se veía una luz medio encarnadita, a través de las cortinas. Yo miraba con los ojos entrecerrados, porque ella había dicho: «Duerme». Entonces me di cuenta de que Susana había ido a acostarse a otra habitación. Y aunque no estaba del todo bien (porque todo el mundo decía que Susana era muy

buena conmigo), me alegré de lo lindo al pensar que yo tendría aquella habitación para mí sola. Y, para colmo, Susana se volvería al día siguiente a la ciudad.